

dos que era el señor del lugar, perdidamente enamorado de Mimí y que sin andarse por las ramas se la había robado. Pero ella que no era lerda y que en el fondo quería á su marido, salvaba su amenazada castidad, se ponía de acuerdo con éste que disfrazado de montero se llevaba lo que era suyo, apoyado en su derecho y en el concurso respetable de sus amigos. El señor, enfurecido por haber perdido la sopa de la mano á la boca, juraba vengarse, y al ir á verificarlo en el tercer acto se veía llegar, sofocado, al alcalde, que había ido á solicitar justicia de un tribunal con más poder que el libertino; se lo impedía, los novios se marchaban abrazados, los aldeanos aplaudían, y concluía todo en paz y en gracia de Dios, excepción hecha de un cancán final, llave de oro con que se cerró el espectáculo de aquella noche.

Tan contentos salieron, que se escuchaban invitaciones á cenar y canturreos entre dientes de los trozos más aplaudidos.

Carlos se acostó en cuanto llegó á su casa, que fué pronto, y no pudo dormirse en el acto. Conservaba en los oídos el retintín de las conversaciones, de los aplausos, de la música, de la cantina. Apretó los ojos y vió delante de sí á Mimí en traje de novia, restregándose los suyos y cantando sus célebres coplas.

—Tiene gracia—exclamó—¿Pero, quién irá á casarse con ella?

II

Clavado sobre su pupitre se engolfó en los números, animándose conforme las operaciones aritméticas aumentaban en su desarrollo. De codos sobre el "diario," con la mano izquierda dentro del cabello y la derecha en febril actividad, recorriendo columnas, alineando guarismos, verificando sumas, trataba Carlos de olvidar la noche pasada. Y no podía; á cada instante, sin fundamento y sin motivo, como una verdadera obsesión, se encontraba de nuevo con la traviesa figura de la diva. Hacía un esfuerzo, trataba de sobreponerse, de reñirse; aquello no era de un hombre serio ni mucho menos; perder el tiempo en fruslerías, pensar en una cómica, y sobre todo en una cómica que no lo conocía, que ni sospecharía su existencia y que aun cuando la sospechara ó la supiera á ciencia cierta, no le importaría y con razón? ¿Que podía ofrecerle? Ni un modesto obsequio, porque sería incalificable el que fuera á pretenderla con uno en relación á sus posibles, y que apenas si sería propio para una modistilla sin exigencias. Volvía á su tarea decidido á derrotar esa necedad de niño, y los números, sus números, su segunda vida, sus viejos y queridos amigos se negaban á ayudarlo. Diríase que se aunaban para atormentarlo, no había forma de vencerlos. En la lucha empeñada, llevaban ellos la mejor parte. Parapetados tras la carita de la actriz que sonreía siempre, parecía que lo burlaban no

acudiendo á su llamado ni al de las aceradas puntas de la pluma, salían unos por otros ó dos á la vez, como chiquillos malcriados fuera del alcance de su maestro. Suspendió la obra para calmarse, para dejar pasar esa desazón del momento y se mezcló con los compañeros, buscando en su plática insubstancial y común, el reposo de que carecía. Con la pluma en la oreja y el ceño á medio fruncir por la contrariedad que experimentaba, se acercó á la otra mesa, á la del cajero, que era quien llevaba los debates. El remedio le fué contraproducente. También allí se hablaba del teatro, de la diva, de las coristas, de la representación de la víspera; coloreando comentarios, manifestando deseos, interrumpiéndose, amotinados entre sí. Carlos, que buscando calma encontraba tempestades desencadenadas, se dejó llevar y desenvainó la espada, y se exaltó, aumentó el tono de la voz, accionaba, hasta expresó sus preferencias:

—A él le gustaba lo colorado, lo verde, el arco iris de la inmoralidad.

Para eso se iba al teatro; el drama, con sus sensiblerías é insolutos problemas sociales, crispera los nervios, molesta, enferma; la ópera, con su clasicismo moderno y su música filosófica y los caprichos incomprensibles de Wagner y sus adeptos, ensordece, cansa; la opereta sí que abundaba en atractivos, intencionados si así lo querían, pero mucho más de acuerdo con el frívolo espíritu de la época. Si á esto añadían una intérpete como la Massé, tan justamente aplaudida la noche anterior,

entonces había que declararse, por fuerza, defensor máximo y partidario ciego del espectáculo. Enredóse la discusión hasta el medio día, hora del almuerzo bien conocida de todos, y se aplazó el asunto, descolgáronse los sombreros de las perchas, quedando á poco la oficina abandonada, con las plumas fuera de su lugar, abiertos los libros, y en el fondo de la pieza, tras de un mostrador con rejilla de alambre, una masa negra, deforme, colosal, con grandes palancas y placas circulares de metal niquelado, como animal bravío maniatado por precaución. Había que fijarse para atinar con lo que era: la caja fuerte del establecimiento medio empujada dentro del muro.

—Después de todo, qué le importaba á él que la diva gustara? Qué le iba en el negocio? Era su pariente, su esposa, su hermana ó siquiera su querida? No, pues ¿por qué se había empeñado en convenecer á cuantos le hablaban de que era inmejorable, abundante en hechizos y con grande acopio de talento artístico? Esas escenas en el escritorio y delante de subordinados, qué vergüenza! Haber abandonado por una mañana su trabajo, era inconcebible. ¿Qué opinarían los jefes, al saberlo? Él, que pasaba por tan cumplido, por tan formal?... Y se separó de los demás, recobró su frialdad, propúsose la enmienda, avergonzado del traspies. Dióse prisa para llegar á la fonda y poder recobrar luego el tiempo perdido; se quedaría en la oficina hasta muy entrada la noche si así precisaba, cualquiera

hora le significaba lo mismo, con tal de que nadie se enterara del abandono.

Alzó la cara y largó un juramento que desgarró su pulcritud; aquello era una persecución, una insolencia, no podía tolerarse. El gobierno, ó el ayuntamiento ó alguien, quienquiera que fuese, debía poner coto á tales desmanes.

—‘Mire Ud. que es mucho descaro—decía contemplando con deleite las litografías de la artista pegadas en el respaldo de las vidrieras de tiendas y cantinas—mucho bombo.’

Apretaba el paso, fijaba la vista en el arroyo, huía las tentaciones y á cada paso, en cada esquina, en cada puerta, la diva lo asaltaba, se le reía en las barbas, lo dejaba un instante para alcanzarlo á poco, duplicada, centuplicaba, á millares, ya en los programas, ya en retratos, de todos modos. Entráronle temores de volverse loco. ¿No sería una alucinación, una terquedad de su cerebro? Sólo le faltaba encontrársela en la sopa, en la nariz; le daban ganas de espantársela de un capirotazo, como se espantaría á un moscón ú otro bicho impertinente. Siguiendo por ese camino la simpatía tornárase en odio, la buena voluntad en aversión y la admiración en miedo. Se sentó á comer malhumorado, y cuando tomaba la sopa, derramó una cucharada. La diva en persona se presentaba en el comedor, acompañada de otros que serían artistas á juzgar por su aspecto. Qué guapa era de cerca y qué mona! Con razón en las tablas arrebatada al público. Acercábase indiferente, con movimientos

infantiles, casi nerviosos, hablando recio, riendo mucho y aspirando un gran ramo de violetas que llevaba en la mano. Quiso la casualidad que le designaran una mesa frente por frente de la de Carlos, enteramente desconcertado. No cabía duda de que el destino los unía, se empeñaba en arrojar á uno en los brazos del otro; y lo más cuerdo, sobre todo lo más agradable para él, consistía en abandonarse á una especie de fatalismo oriental, no oponiendo resistencia ninguna á la corriente que lo arrastraba, al contrario, procurar con maña que se desvanecieran los inconvenientes que pudieran surgir; que bien mirado, no podía asegurar que por fuerza surgieran los tales inconvenientes. Como quien no quiere la cosa y abusando del derecho de contemplación quedábase á menudo, admirando con pasión á la cómica, que al pronto no se fijó en trastornos de que era única causa, sino nutriéndose con conciencia y charlando con la simpática vivacidad de las francesas. Carlos, en cambio, no perdía gesto ni movimiento, prolongó la duración de su taza de café, medio envuelto en la azulada nube que formaba el humo de su puro, melancólico dejando en ocasiones vagar su mirada por los arabescos del papel tapiz, en actitud miditabunda é interesante. Pero el deber, representado por el sonoro timbre del péndulo del salón, lo sacó de su distracción, recordóle con dureza sus diarias obligaciones. Procuró todavía hacer trampa unos minutos más al doblar la servilleta, al retirar la silla, al llamar al camarero para encargarle una tontería, cualquiera,

la que se le ocurrió primero, que si lo buscaban dijera que regresaba á comer á las siete de la noche, y recalcó esto último figurándose que podían escucharlo y entenderlo.

Desagradábale, al estar de nuevo sobre sus libros, no poder vencer la malísima voluntad que le inspiraban; si de ahí vivía, si eran su patrimonio, su presente y su porvenir; si á menos que la fortuna no lo favoreciera en uno de sus caprichos, de memoria sabía que estaba condenado á lidiar con números hasta la víspera de su muerte, por qué le eran antipáticos? Mientras más se empeñaba en la reconciliación, menos se prestaban ellos, obtenía resultados y cantidades imposibles, se sentía con fiebre, con ímpetus de llorar. Las mismas cifras que antes se le mostraban benévolas, estaban ahora airadas, inflexibles, groseras casi. Se alarmó, cuando el mozo entró á encender las lámparas; había robado un día sin saber cómo, pensando en imposibles, con la energía perdida y quién sabía si la reputación también, y el destinillo por añadidura. Notó que uno de los jefes se aproximaba, indudablemente á preguntarle algo relativo á su encomienda... lo reñiría, claro, cómo no reñir á un empleado que sin causa justificada descuida sus deberes? Preparó excusas, explicaciones, no todas satisfactorias, era cierto, pero que servían de atenuantes para disminuir los acumulados rigores. Pensó en las jaquecas, las bendijo de todo corazón, cerró el infolio y esperó.

—¿Supongo que esta noche irá Ud. al teatro, no es esto?

Se demoró en contestar, porque no contaba con ese ex-abrupto. ¿Le hablaría en serio ó sería una broma de mal género? Sin embargo no cabía duda de que lo interrogaban y de que lo interrogaban muy formalmente. Ni el jefe acostumbraba á embromar, ni el tono, ni la naturalidad del hecho y de la pregunta autorizaban á creer ninguna otra cosa.

—“Pues ya se ve que iría, en cuanto fuese hora; en ese momento cerraba sus libros para marcharse á comer y quedar libre y expedito.”

Concertaron el ir juntos,—deferencia que aunque lo esclavizaba tenía que agradecer—se verían en el pórtico á las ocho y media, ó mejor un poco antes. Lo habían informado de que costaba mucho trabajo la consecución de un asiento.

—¿Era cierto?

Y vióse forzado á renovar una narración detallada de la noche anterior, á abrirse la herida, á fomentar el deseo, moderando el colorido de varios pormenores en que hubiera deseado extenderse, por temor de denunciarse, ó de provocar una sonrisa.

Se separaron como buenos camaradas, estrechándose la mano, repitiéndose la cita; el jefe iría solo, sin la familia para estar más libre.

Al llegar Carlos al restaurant se encontró con la diva que salía acompañada de su séquito, tapándose la boca para evitarse un resfriado, dejando adivi-

nar apenas su carita encubierta por el abrigo y el sombrero de paja con el ala delantera muy pronunciada, ocultándole el semblante, las facciones en la sombra como si se preparan á asaltar á alguien. Tuvo él que detenerse y hacer una ligera reverencia, por educación, sin intenciones ulteriores, al estar á dos pasos de la artista, que contestó con otra y continuó su camino sin dar importancia á un hecho que nada tenía de extraordinario.

Mal comió por su nerviosidad y por los acontecimientos del día. Estaba resuelto á poner término á tanta coincidencia, se haría presentar por cualquier amigo, un periodista ú otro que tuviera libre acceso á los bastidores, esa fruta prohibida para el común de los mortales. Hubiera dado algo por poder llamarse redactor del periódico menos acreditado, por saber escribir una desteñida gacetilla é interesar así á la actriz, obligarla á recibirlo con buena cara, á que le coqueteara en pago de un rengloncito impreso, hipertrofiado de desatinos artísticos y de galanterías cursis. No lo seducía su título: tenedor de libros de una casa de banca, era frío, demasiado numérico y sobre todo, eso de tenedor le sonaba malísimamente; ¿á quien podía sonar bien un nombre que se prestaba hasta el retruécano?

Encontróse al jefe que paseaba en la acera, con las manos á la espalda, haciendo tiempo sin impacientarse. Entraron juntos, prodigáronse mutuos cumplimientos en cada puerta, sobre quién debía

pasar el primero, enseñaron los billetes y desabrocháronse los gabanes.

Repetíase la pieza con teatro lleno, con público ávido de diversión y desbordante de indulgencia, atraído por la reputación de la Massé, muy acrecentada con el éxito reciente, con los aplausos de la víspera cuyo eco vagaba aún en el espacio, animando al más taciturno. Se hablaba tanto en los diarios y en todas partes, que los pocos concurrentes que había por conocerla, esperaban con ansia el venturoso momento. Carlos los envidiaba y tenía celos de que acudieran á ver á la diva. Lo hubieran alegrado un fiasco ó una grita que le colocaran más á su alcance á aquella mujer. En el entre-acto no pudo contenerse; se le escabulló á su jefe y abordó á un amigo, sin embajes, á las claras, publicando su misterio.

—¿Podía presentarlo?

Y el otro reflexionó como si le pidieran una gran cosa, acumuló dificultades, multiplicó inconvenientes, cubrióse con pretextos. Nada le aseguraba, pero haría lo posible por conseguirlo; la entrada en el escenario era difisilísima, prohibición absoluta, exagerada.

—“Ni los regidores—decía—sólo entramos el de*turno, algunos cronistas y el bombero.”

Pasó Carlos el segundo acto presa de temores y zozobras, sin fijarse en la representación, anhelando saber á qué atenerse; si no lograba penetrar en el foro, podrían llevarlo al hotel donde sin tropie-

zos ni sobornos la vería. Buscó al periodista, temeroso de una negativa, conforme y resignado, sin atreverse á inquirir, preguntando por señas, y le dió un vuelco el corazón; lo admitían y lo admitían sin demora, el tiempo volaba, ya no disponían más que de algunos minutos, los suficientes para llenar la formalidad indispensable de la presentación. Como no estaba preparado para ella, sino dispuesto á cosechar una negativa, la noticia lo atemorizó ocasionándole un desasociado ligero. Fingió agradecimientos y siguió á su guía, muy práctico en tales excursiones. Brusca fué la transición; de la luz y las conversaciones de los pasillos, se encontró en la puerta del escenario con un portero gruñón, de sombrero puesto, que no se tomó ni el trabajo de responder á su político saludo. Aumentaron sus miedos ante la escasez de alumbrado, la sinuosidad del terreno y el ruido incesante de cómicos, comiquillos y maquinistas. Sintió un mareo que lo obligó á apoyarse en una columna grasienta y arañada por la polilla; no podía sufrir una pestilencia atroz, mezclada de humedad antigua y prisionera, de gas que se escapaba y de trapos viejos, que lo asediaba con cruel insistencia, que de todos los rincones venía á saludarlo, pero como entre sí se saluda la gente ordinaria, sin miramientos ni otros primores de esos que gastan la gente de pro, sino echándose el aliento á la nariz, sin cuidarse de lo que padece el olfato con semejantes confianzas. A dondequiera que volvía la cara, hallábase la tal

expresiva, aumentando en fuerzas y en calidad. Parecíale mentira ver á todos aquellos tan frescos, fumando, riendo, como si tal cosa, como si estuvieran oxigenándose en algún parque, almacenando aire puro. Admirábase de que los bastidores tuvieran tantos partidarios que se pasaban actos y entre actos entusiasmados y satisfechos. Si no se podía respirar, si latían las sienas y los oídos zumbaban y se sudaba frío, síntomas todos de la horrosa asfixia, quién diablos podía estar enamorado de esto?

A no ser que lo admitieran á uno en traje de buzo, con escafandra y campanilla de aviso.

Era de agradecerse que prohibieran la entrada y de solicitar, en caso contrario, que el primer bien intencionado la impidiera en nombre de la higiene ultrajada. Oyó que lo llamaban á gritos; creyó haber cometido un desacierto y se empinó para descubrir al que le hablaba, mortificado de ser el objeto de una impertinente curiosidad de parte de un grupo de coristas pintarrajeadas que lo miraban con sorna. Distinguió al periodista del otro lado de la escena, que le hacía señas con la mano, de que se acercara. "Siga Ud. derecho, sin miedo; por ahí" y tropezando acá, levantando allá, chocando con los que arreglaban la escena, describiendo curvas, pidiendo excusas, corrido, jadeante, contrariado, se reunió á su amigo que lo esperaba en la puerta del cuarto de la diva, según rezaba un letrero hecho á la

ligera con pintura negra, escurrida en una que otra letra, y simulando lágrimas de alguno de los monstruos informes que se balanceaban suspendidos del techo y que sirven para las obras de aparato. "Mlle. Massé" se leía entre dos ventiladores pequeños, de forma circular, por los que salía la claridad del interior.

—“En cuanto concluya de vestirse nos recibirá. Está Ud. anunciado.”

Carlos se notaba sin los bríos de antes; de veras estaba enfermo, sentía jaqueca y náuseas, un positivo malestar. Pero no hubiera renunciado a la presentación por ningún dinero; llegaría moribundo, mas llegaría. De repente se estremeció: en el cuarto de al lado ensayaba su voz el tenor, vocalizando y atacando notas que era un contento. Por hablar de algo y espantar su emoción, se dirigió al periodista.

—¿Diga Ud., es imposible escuchar esta barahunda desde afuera, u hoy es una noche excepcional?

—No, amigo mío; las condiciones acústicas de los escenarios son

—Adelante!—exclamó entonces la artista desde su cuarto. Se abrió la puerta y los hicieron sentarse en el recibidor alumbrado por dos candelabros; con un sofá, dos sillones, una alfombra arrugada, sin clavar, y tres baules mundos. También allí percibió Carlos el olorcillo aquel, agravado con el que despedían el colorete y los perfumes. Una cortina de

percal floreado impedía que las miradas de los curiosos penetraran en momentos difíciles o inoportunos al vestidor de la diva.

Percibíase ese rumor de la ropa recién colocada, cuando se viste uno de prisa, que cruje con moderación y se queja con prudencia. Oíase el golpe metálico que producen los broches al cerrarse, y el silbido de los cordones al arrollarse sobre la seda.

Carlos apenas respiraba, entreteniéndose en pasar la mano por sobre la felpa de su chistera que relucía de gratitud. Alzóse la cortina, y una mujer, la camarera, los hizo pasar. Se adelantó el periodista dejando atrás a Carlos, que no creía extensiva hasta él una prueba de confianza y que no se movió. —Podía pasar él también, la señora lo permitía—le decía su amigo sin salir—el entreacto iba a concluirse.

—El Sr. Winterhall, que deseaba felicitar a Ud. personalmente—exclamó el introductor indicando a Carlos.

—Señora!—repuso Carlos sin poder articular ningún otro sonido y haciendo una caravana de buen tono, moderada y elegante.

La diva se la correspondió con otra ligeramente vulgar, de una vulgaridad casi inapreciable, reminiscencia de las operetas representadas, algo de Madame Lange y de Serpolette; cerrando a la vez el corpiño, aún sin abrochar, y luciendo parte